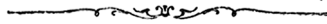




LEYENDAS NABARRAS.



EL SANTUARIO DE SAN JUAN DEL RAMO.



Finalizaba el mes de Julio del año 1445; el sol caía á plomo sobre las feraces campiñas que se extienden entre Logroño y Viana; los labradores interrumpian sus rudas labores y buscaban la sombra de las encinas, abundantes entónces en aquella comarca; los rebaños se teaban tambien jadeantes bajo los árboles, sin que se oyera ni el balido de los corderillos, ni el cantar de los pastores; el calor hacía enmudecer hasta á lasavecillas del cielo, que se refugiaban entre umbrosas florestas y se bañaban en los riachuelos. Solo se escuchaba en los extensos campos el estridente chirrido de millares de insectos, que semejava el hervor de aquel abrasado terreno.

Súbitamente sintióse en lo profundo del vecino bosque un insólito rumor; ladridos de lebreles, relinchos penetrantes, ronco son de bocinas, gritos enérgicos y alegres y francas carcajadas.

Lanzábalas un numeroso grupo de lujosos jinetes, que pronto desembocó en el soto persiguiendo á la caza, sin reparar en los rigores de aquella tórrida temperatura.

Las armas y los ricos jaeces, heridos por el sol, brillaban como áscuas; las vistosas caperuzas de los halcones parecian pintadas flores; flotaban los ropajes lucidos de los caballeros, y los briosos corceles,

desparramándose por el llano, corrian en direccion al Ebro, cual si quisieran limpiar en su corriente el sudor en que estaban empapados.

Delante de aquellos airosos caballeros, manejando su corcel con notable soltura, corria un jóven de fisonomía inteligente, y noble apostura, que tarareaba una sentida cántiga.

Era D. Cárlos, Príncipe de Viana.

Despues de hacer salvar con prodigiosos saltos zanjas y jarales á su noble bruto, castigólo fuertemente el Príncipe con sus calados acicates y lanzóse en una vertiginosa carrera, deteniéndolo despues súbitamente como para hacer gala del brío de sus puños.

Esperó entónces con regocijada fisonomía á su comitiva, y dijo viendo á su guarda particular, el noble y honrado Martin Fernandez de Sarasa, y á Mosen Bernat de Ezpeleta, su caballero, que jadeantes llegaban á su lado:

—¿Qué vos parece deste cavaillo é deste cavallero?

—Parésceme —contestó el honrado D. Martin con respetuosa confianza— que si vos sobran valor é destreza, faltovos agora un tantico de prudencia, que es virtud á todos nescesia é muy más á los Reyes. ¿Qué dijera vuestra jóven esposa, la muy reduptable é magnifica Señora Princesa de Viana, D.^a Inés de Cleves, si en semejantes peligros veros pudiera?

—Teneis razon, buen Martin,— repuso el Príncipe;—empero el ave presionera sueña con el espacio adonde tender sus alas,... é ¡qué mayores captivos que los reyes! Por eso, cuando finco lejos de la cort é de su severa etiqueta; cuando me veo solo en medio de los campos, con el cielo azul por techumbre, hierbecillas é flores por tapices, olor de tomillo é romerín por perfume, cantos de áve é lamentos de brisa, é silvido de alimañas é mormorio de fuentecicas en vez de lisonjas de falsos servidores, dilatase el mi pecho; tiembla de entusiasmo el ánimo; nascen canciones del mi corazon é siento nescesidad de correr, de saciar los mis ojos en esa hermosa tierra é en ese cielo esplendoroso, é de hacer remembranza que así que para los pobrecillos humildosos deste mundo, los fizo Dios tambien para los Reyes!..

—¡Cómo demuestra el vueso razonar que sois mozo é que el Señor vos fizo maestro en la gaya ciencia!—interrumpió D. Bernat.—

—...E cuando me siento arrebatado por el mi corcel, como poco ha,—prosiguió diciendo el Príncipe—parésceme que por ante los ojos míos pasa el tiempo que fué en Nabarra, é creo ser Iéñego Arizta,

ó Sancho el Fuerte en las Navas, ó el Abarca en Iruña, ó Tibalt en Tierra Santa, é antójanseme el bosque lejano, é las peñas oscuras, ejércitos de infieles ó de enemigos del mi Regno; é estonces hiérveme la sangre en las venas, é golpéame rudo el corazon, é de corage tiémlame la diestra, é lánzome loco en seguimiento del soñado perigró á vencer ó fenescer por Nabarra, que, como aquellos mis nobles agüelos, amo más que á mi vida, é á costa de eilla más é más enaltescer quisiera!

—Loa merescen los vuestos sentimientos,—dijo Fernandez de Sarasa—empero no deseéis nuevas guerras; que harto desolaron en todos tiempos esta tierra; pensad que tanto debe esta al sabio é justo Rey Cárlos el Noble, vuesto agüelo, que tanta paz é bienandanza la concedió, como á los Reyes famosos que nombrasteis; é que más necesita en los dias de desunion que corren, prudencia en los conseillos é union de voluntades que valor en las lides.

—Es cierto;—murmuró tristemente el Príncipe—todos parecen conjurarse contra de Nabarra envidiosos del su renombre é poderío; los reyes de Castieilla é Francia validos de nuevas divisiones, espiando el momento de lanzarse falsamente sobre su presa, como canes que se disputan un hueso....

—*Utrinque róditur*—*interrumpió* Martin de Sarasa recordando el mote de la significativa empresa heráldica adoptada por D. Cárlos. —...La nobleza del regno en bandos; el país hirviendo en facciones; quereillas en los campos, quereillas en las villas; quereillas en las cibdades... é, lo que es peor,—dijo D. Cárlos conmovido y bajando la voz—quereillas entre padres é hijos!...

Dirigió el guarda del Príncipe su mirada compasiva sobre este, é iba á contestarle, cuando, á corta distancia, pasó repentinamente un ciervo, que, rápido como una exhalacion, se encaminaba al bosque.

A su vista brillo en los ojos de D. Cárlos un destello de gozo: movió su cabeza cual si quisiera sacudir sus tristes pensamientos; afianzóse en los estribos, llamó á los perros y volviéndose á D. Martin y á Ezpeleta, que miraban con contrariado gesto sus preparativos, les dijo sonriendo:

—No necesito que vengais á mi lado; seguidme... si podeis.

Y picando espuelas partió á escape, seguido solamente de su jauría, desapareciendo al poco rato entre la maleza de la selva.

II.

Mientras el de Sarasa y Ezpeleta se reunían con el resto de la comitiva para ir en pos del Príncipe, el cielo iba cubriéndose de nubes.

Presentáronse primero en el horizonte en forma de redondeados copos, que lentamente crecían y chocaban confundiéndose unos con otros; bien pronto el sol quedó oculto tras de un toldo negruzco y bermejo; un viento sofocante, caliente como los vapores de un horno, pasó cual ola de fuego por los sedientos campos, leve al principio, violento luego, impetuoso, terrible poco despues, como el Simun del desierto.

Las hojas de los árboles, que susurraban temblorosas agitadas por las primeras ráfagas, volaron pronto en torbellino como en las postrimerías del otoño; cayeron luego tronchadas lozanas ramas, y por fin troncos robustos fueron también cortados como leves cañas.

Los bramidos del viento se confundían con el estrépito del trueno que cada vez se oía más cercano; los relámpagos se sucedían son interrupcion; masas de nubes plumizas pasaban á corta distancia de la tierra dejando caer gruesas gotas, que, como si tocaran sobre áscuas, se evaporaban al llegar al suelo. Siguiólas una lluvia torrencial; las colinas lejanas quedaron como envueltas en niebla; borráronse despues los objetos más próximos y luego todo quedó oculto por aquel diluvio. Cada surco era un arroyo; cada depresion del terreno un lago; cada zanja un torrente que espumoso corría, chocaba y en torbellino se precipitaba hácia el Ebro.

En el bosque donde el Príncipe de Viana se encontraba, no era ménos imponente la tormenta; el huracan, penetrando en él con impetu terrible, azotando furioso árboles y rocas, llenaba los espacios de bramidos lamentosos y el suelo de destrozadas ramas; la oscuridad era imponente y temeridad insigne el recorrer en tales condiciones tan escabrosos terrenos; pero, como ya vimos, D. Cárlos tenía sed de aquella hermosa libertad del solitario campo, y, valiente y poeta, las iras de los elementos, léjos de amilanarle, le fascinaban.

Olvidóse, pues, de la caza por contemplar las convulsiones de la naturaleza en todo su grandioso horror sin más testigo que Dios, é internóse en lo profundo de aquel desierto. Oíase caer la lluvia sobre

los copudos árboles, pero tardó en humedecer el suelo; por fin humillóse también la verde y ondulante bóveda dando paso á las cataratas del cielo; los relámpagos parecían incendiar el bosque, y las exhalaciones atraídas por los árboles caían con espantable frecuencia.

D. Cárlos espoleaba inútilmente á su caballo, que temblaba de espanto y encabritándose se negaba á andar; los perros se guarecían entre las patas del noble bruto y lanzaban tristes ahullidos; la permanencia allí era imposible. Comprendiólo por fin el Príncipe y necesitó toda su serenidad y su energía para conseguir salir de aquel antro; pero la tormenta léjos de ceder parecía redoblar su furia; conoció D. Cárlos que se encontraba poco distante del lugar de Aras y distinguiendo próxima la ermita de San Juan del Soto, encaminóse hacia ella; apeóse ante su pórtico y quiso guarecerse en su interior, pero halló la puerta cerrada. A pocos pasos se elevaba un gigantesco roble, y bajo él se cobijó el egregio cazador por librarse de las piedras que empezaban á lanzar las nubes.

Pocos momentos habian transcurrido, cuando sintió el Príncipe—mejor dicho, presintió—que el fuego del cielo se precipitaba sobre él, y cayendo de hinojos invocó fervoroso al santo que allí se veneraba, exclamando:

—¡San Juan, valedme!

El horrisono estrépito del rayo ahogó su grito, y una ráfaga de fuego envolvió instantáneamente árbol, ermita y monte!...

Pero hay algo que sobrepuja en fuerza y rapidez al rayo, y es la oracion, cuando sincera, confiada y fervorosamente la envía el alma al cielo; la oracion santa, que salvando la inmensidad que media entre este enlodado valle de miserias y el inmaculado alcázar de Dios, llega hasta el trono del Altísimo en el momento mismo en que surge del fondo del espíritu atribulado!

Así fué acogida, sin duda, la plegaria del Príncipe de Viana.

Quebrantado por horrible sacudimiento; cegado por el indescriptible resplandor del rayo, permaneció D. Cárlos durante largo rato sin darse cuenta de lo que sucedia; pero, por fin, recobró su corazon la habitual energía; volvió la luz á sus ojos y pudo dirigir la serena mirada en torno suyo, reflejándose bien pronto en ella intenso sentimiento de admiracion, espanto y gratitud.

La ermita se veía envuelta en humo, del que se desprendía un sofocante hedor de azufre; las rocas del cerro estaban ennegrecidas y

pulverizadas; el gigantesco roble destrozado; sus nudosos brazos yacian carbonizados, humeantes, en informe monton en el suelo, y bajo ellos, aplastado, el brioso corcel del que pocos momentos ántes se habia apeado el Príncipe; pero el robusto ramo bajo el cual se cobijara, sostenido al parecer por escasos filamentos del viejo tronco, se mantenía milagrosamente firme y lozano, protegiendo á D. Cárlos de las ramas superiores, que al caer le hubieran destrozado, y formando sobre su cabeza, con la gala de sus frescas hojas, un majestuoso y verde solio!

Elevó sus ojos al cielo el noble Príncipe al contemplar la visible proteccion del Todopoderoso, y profundamente conmovido, postróse sobre los humeantes restos, y prometió conmemorar tan milagroso suceso erigiendo en aquel sitio un monasterio bajo la advocacion de su intercesor San Juan.

Cumplió su propósito, en efecto, y aquel venerando asilo subsistió hasta épocas recientes, siendo designado en aquella comarca con el nombre de San Juan del Ramo, nombre repetido por todos, pero cuyo origen es de bien pocos conocido.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.

